

El *Aleph* latinoamericano: ¿la simultaneidad como síntoma para la crítica literaria en américa latina?*

Amalia Franco Castaño **

Universidad Minuto de Dios
Pontificia Universidad Javeriana
vika1par@gmail.com

Resumen:

El fenómeno de la crítica literaria en Latinoamérica, donde el diálogo (esta vez con otras disciplinas) con la mediación de lo masivo y con los discursos populares, ha provocado una línea de trabajo con propuestas resistentes a la totalización, al radicalismo y a respuestas monológicas, en las cuales se expone la situación de la Literatura como objeto para la comprensión de la cultura y, a su vez, la situación cultural como principio para la comprensión estética. Ante este panorama, el propósito de este artículo radica en indagar cómo dichos fenómenos de crítica cultural -para el caso de América Latina- se han venido orientando en la última década y cómo, desde sus propuestas disímiles y eclécticas, ofrecen una lectura de lo nacional y de las literaturas nacionales, en un momento en que la globalización, la simultaneidad y la hibridación siguen siendo un telón de fondo para los discursos literarios.

* Artículo resultado de la investigación que adelanta la autora sobre temas de la crítica literaria, presentado como ponencia en las IX Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (Jalla, 2010), en la ciudad de Niterói, Río de Janeiro. Brasil

** Licenciada en Lingüística y Literatura, Magíster en Literatura Hispanoamericana. Docente de la Universidad Minuto de Dios y de la Pontificia Universidad Javeriana.

Palabras clave:

crítica literaria latinoamericana, hibridación, cultura popular, cultura de los medios masivos.

The Latin American Aleph: Simultaneity as a Symptom for Literary Criticism in Latin America?

Abstract:

This article examines the phenomenon of literary criticism in Latin America through dialogue with other disciplines, such as the role of mass media and popular discourses. These have produced a resilient line of work marked by totalization, radicalism and monological responses, where, firstly, the situation of literature is shown as an object for the comprehension of culture; and, secondly, where cultural context is focused as a principle for aesthetic understanding. The purpose of this article is to explore how these phenomena in Latin American cultural criticism have been oriented in the last decade and how these different eclectic proposals establish concepts of nation and national literature in times in which globalization, simultaneity and hybridization of forms are principal references for literature discourses.

Key words:

Latin American literary criticism, hybridization, popular culture, mass media culture.

¿Eso significa que en algún lugar soy americano
y en algún lugar soy afroamericano
y en algún otro lugar,
por pura lógica, soy nadie?
Roberto Bolaño

En *El espejo enterrado* (1992), Carlos Fuentes propone como ejemplo de simultaneidad de los espacios y las culturas latinoamericanas al cuento *El Aleph* de Jorge Luis Borges. Su apreciación pone de manifiesto la necesidad de comenzar a pensar en diálogos con otras culturas, como la norteamericana, que permitan hablar y referirse a la historia y a las nacionalidades de otra manera.

Tal relación con *El Aleph* alude a la complejidad de la cultura latinoamericana, la cual se manifiesta no sólo en el interior de sus fronteras sino en otros espacios, como líneas de cruce que permiten la hibridación. La posibilidad de que en un lugar converjan “todos los mundos” y “todos los tiempos” se suscribe a un tipo de mentalidad que no reprocha la ausencia de nacionalismos y paternalismos excesivos y que le da la bienvenida a la simultaneidad y al “compromiso” con lo global. Los medios masivos, a lo mejor, se constituyen en las herramientas para emprender el viaje global y el diálogo con otros países, donde, además de eso, los sujetos se apropian de esquemas culturales que les permiten identificarse y autorepresentarse.

La crítica literaria, cuyo principal encargo consiste en estudiar y dar cuenta del fenómeno literario, no ha estado ajena a la discusión alrededor de lo propio versus lo ajeno, en la que la pregunta por la cultura y la historia subraya los principios desde los cuales ésta será comprendida y legitimada. Es allí donde el terreno tiende a ser menos estable y empieza, para la crítica latinoamericana, el desarrollo de un proyecto que no ignore lo local, pero que tampoco sucumba a las aspiraciones y prescripciones foráneas. Se trata, entonces, de explorar someramente el camino de esta empresa y reconocerla en el marco de las discusiones sobre la globalidad y la multiplicidad en Latinoamérica.

El diálogo cultural con Norteamérica y Europa supone a la vez posturas críticas, ya sea en defensa de la autonomía de la cultura latinoamericana o en posiciones que le den la bienvenida al intercambio con estos países. En las propuestas literarias recientes la referencia a la cultura norteamericana no busca exponer estereotipos acusatorios de una cultura a otra, por lo cual la mirada se despolitiza y se centra en la exposición de sus relaciones. Dicha mirada coincide con muchas de las aproximaciones que rechazan la disputa de lo propio vs. lo ajeno, para preferir la noción de diálogo como situación preconizante para hablar de la cultura en tiempos actuales.

Nelson Osorio, desde una perspectiva sociológica, nos recuerda que el camino para la crítica latinoamericana está centrado en la revisión de nuestra “concepción de mundo”, su observación, así como la de otros críticos llama de nuevo la atención acerca del carácter histórico y la mirada aguda sobre nuestra realidad y la expresión de esta misma en una condición espacial y temporal. La noción de “realidad histórica” aparece nuevamente en estos discursos para aludir a la necesidad de establecer un tropo que finalice por fin la discusión entre las preposiciones “en” y “de”, que han sido polémicas, incluso para definir la naturaleza y las prácticas idiomáticas del español: “podríamos decir, *mutatis mutandi*, que hoy no hay duda que existe un crítica literaria en América Latina, pero es menos evidente que haya un crítica literaria de América Latina, es decir, una crítica latinoamericana que en su aproximación teórica y valorativa patentice una mirada intelectual que corresponda a una cultura diferenciada” (Osorio, 2007, p. 254).

La aspiración por un conjunto no sólo de métodos y prácticas para indagar la obra literaria en el cual redundara la expresión de lo latinoamericano se proyectó para la década de los 70, en una propuesta que tendría su mayor pilar en revisiones de corte historicista como punto de partida para reconocer los procedimientos propios de la “Nueva narrativa”. Desde allí, los estudios estuvieron inclinados por dos corrientes: una enmarcada en una vertiente sociologista y positivista y la otra cuya mirada de la literatura residía en reconocer

su evolución formal e interna, es decir, una corriente inmanentista. Proclamar una superación que no limitara la lectura y el estudio de la Literatura, esas dos vertientes en sentido estricto, se constituyó en un proyecto animado por Fernández Retamar y Cornejo Polar; a partir de este punto, la construcción de una teoría, primero, que pudiese constituir una crítica, después, se situaba en reconocer manifestaciones políticas e históricas, concentradas especialmente en fenómenos sociales que revivificaran lo latinoamericano como expresiones de emancipación, de reconocimiento y de expresión de lo local, donde la Literatura, en su ejercicio crítico, ofrecería una lectura más cercana del tamiz latinoamericano.

Un antecedente importante para la relación Literatura y cultura en Latinoamérica es el texto *Transculturación narrativa en América Latina* (1982) de Ángel Rama, cuya propuesta surge como alternativa para entender y replantear la noción de nacionalismos y "paternalismos". A través del concepto de "transculturación", Rama retoma las consideraciones que han girado en torno a términos asociados al intercambio cultural como identidad, resistencia, dominación, etc., con el fin de estudiarlos desde producciones literarias. Su referencia a la Modernidad le permite indagar el impacto que este periodo produjo en la concepción de procedimientos literarios y el corpus de análisis que elige, el cual está compuesto, entre otras, por la obra de Arguedas y Rulfo. Uno de los puntos que el concepto de transculturación permite replantear es el de los regionalismos liderados como proyecto de representación de la cultura y como valor representativo de la obra literaria. Para Rama, el valor estético de la obra literaria no puede reducirse a las costumbres regionales o al folclor que esta representa, siendo más importante su mensaje y su postura crítica.

La transculturación es, para Rama, la dinámica a través de la cual las culturas entran en contacto y se someten a un proceso de intercambio. Desde su perspectiva, este intercambio supone una relación de dominante-dominado, en la cual la cultura subordinada implementa y adhiere a sus prácticas los elementos de la cultura "nueva" sin que por ello se anulen o desaparezcan completamente sus tradiciones. Es decir, que con la

transculturación se transforman y salen a la luz "maneras" y comportamientos disímiles que renuevan y refrescan la cultura. La resistencia a esta transformación supone el enfrascamiento y desaparición paulatina de comunidades.

Rama también describe las dinámicas de transculturación que pueden verse en la obra literaria; para él, el proceso de transculturación se reconoce en aspectos de la obra, tales como: la lengua, las estructuras narrativas y la cosmovisión de la obra. Dichos elementos son interpretados por este crítico en la obra de Arguedas, para mostrar cómo este autor replantea las visiones del indigenismo y emprende una crítica cultural.

El concepto de literatura "transcultural" es el resultado de una serie de estudios críticos, que apoyados en el análisis del fenómeno de la Modernidad en Latinoamérica, concibió la articulación y el "incremento de las simultaneidades globales". El interés por la cultura, como elemento esencial para entender lo literario, conlleva en Latinoamérica el desarrollo de investigaciones que buscan confrontar las prácticas y métodos (en su mayoría anglosajones y franceses) con los cuales se ha venido estudiando el fenómeno de las producciones literarias latinoamericanas. Dicha confrontación implica pensar mecanismos de estudio y de reconocimiento de la obra que se fundamenten en la cultura de las que son originarias, es decir, que se produzca una crítica literaria realmente latinoamericana.

La dinámica cultural se desarrolla, entonces, entre encuentros y desencuentros, que para el caso de Latinoamérica están fuertemente relacionados con los referentes culturales provenientes de Norteamérica. De la necesidad de implementar los medios masivos, la tecnología y otros contenidos al estudio de "lo cultural", los estudios culturales incluyen dentro de su dinámica una reflexión que llama la atención sobre la incidencia de los medios masivos en la constitución de lo literario. Veinte años después, en la revista de *Crítica Literaria Latinoamericana*, acerca del asunto espinoso, Cornejo escribiría:

el proyecto de los 70 fracasó, y en efecto hoy no tenemos una teoría literaria hispanoamericana, tal

vez –entre otras razones– porque epistemológicamente el reclamo quedó situado en un nivel muy abstracto (no crítica sino teoría) que entraba en paradójico conflicto con su propia urgencia de especificidad histórico-social. Me temo que además, al menos en los momentos polémicos, se echó mano a las tesis más impactantes, pero menos certeras, de la teoría de la dependencia –y ya sabemos que ese callejón no tenía salida (1999, p. 9).

No obstante, el aparente panorama desesperanzado se transformó en el momento en que, para la recepción de conceptos como cultura y cultura latinoamericana, entran en juego categorías más ambiguas pero menos unívocas para entender el nuevo mapa de Latinoamérica. Dichas categorías asociadas a lo híbrido, lo heterogéneo, lo múltiple y lo diverso parecieron menguar la “crisis de la crítica latinoamericana” y se convirtieron en lenitivos que chocaban con posturas reduccionistas y que permitían la entrada y salida de estudios sin la reserva nacionalista. Las redes significaron, entonces, el reconocimiento de lo que está dentro y lo que desde afuera influye o afecta el entramado cultural; así si las oposiciones sirvieron en un momento para entender las dinámicas de la cultura oficial versus la cultura marginal o popular, para el contexto de la crítica cultural los enfrentamientos se hacen menos nítidos y con ellos seden también los cánones, los corpus y, en general, el material literario, el cual comienza a hacerse más flexible en lo que a su denominación se refiere.

En su artículo Descentramiento de lo posmoderno, Ellen Spielmann analiza los aportes de la tesis de Carlos Rincón¹ sobre la posmodernidad en América Latina, para resaltar su aspecto revolucionario en cuanto a los principios y criterios con los cuales se analizaba dicho fenómeno en relación con la Literatura. El comentario de Spielmann se basa en lo que ella titula “el final de un ciclo”, para registrar cómo, hacia finales de la década de los setenta, tras replantear la noción que se tenía de

la literatura del boom asimilada a la alta cultura, la crítica literaria anuncia un cambio de paradigma teórico.

Básicamente, el cambio consideraba las relaciones que se gestan alrededor de manifestaciones de la cultura provenientes de diversos sectores, en los que lo popular, lo masivo y la alta cultura entran en relación y articulan sus contenidos. La propuesta de Rincón al estudio literario propone, entre otras cosas, un reconocimiento de los contenidos de la cultura, no sólo desde su condición marginal o excluida, sino desde su correspondencia con situaciones específicas de construcción simbólica:

Había que redefinir el lugar de la literatura en el campo de la cultura, incluyendo lo que ahora redimensiona ese campo, es decir, la cultura popular urbana, marcada por la presencia de los medios masivos. Pero también se me ocurre que lo que se buscaba era un concepto “posmoderno” de literatura, sin que llegara a mencionar el término (Spielmann, 2000, p. 113).

La presencia de una narrativa que se mueve en ese espacio abierto e ilimitado justifica el giro de la crítica literaria en América Latina, donde el desarrollo y afirmación de presencias populares, y, actualmente, la inclusión de los medios masivos obedecen a una larga tradición que redundan en la construcción de su historia literaria; esta última, dice Amar Sánchez, se ha constituido a través de la inclusión de géneros culturales, los cuales “se caracterizan por cumplir rigurosamente las convenciones de sus fórmulas. De este modo, proporcionan a su público la sensación de lo familiar al mismo tiempo que introducen mínimas variaciones con las que mantiene el interés del lector” (Amar, 1997, p. 44). Por otro lado, el desinterés, y aun la negación, por el imaginario latinoamericano toma presencia en escritores recientes, quienes invitan a los lectores y críticos a continuar el camino de la recepción, esta vez con base en lo que significa la relación entre literatura y cultura, en donde la literatura se leería desde:

¹ Spielmann basa su artículo en la obra *La no simultaneidad de lo simultáneo: posmodernidad, globalización y culturas en América Latina* (1995) de Carlos Rincón.

la copiosa red de conflictos y contradicciones sobre la que se teje un discurso excepcionalmente complejo, complejo porque es producido y produce formas de conciencia muy dispares, a veces entre sí incompatibles; porque entrecruza discursos de varia procedencia y textura, donde el multilingüismo o las diglosias fuertes son frecuentes y decisivas, incluyendo los muchos niveles que tiene la confrontación entre oralidad y escritura; o porque, en fin, supone una historia hecha de muchos tiempos y ritmos, algo así como una multihistoria que tanto adelanta en el tiempo como se abisma, acumulativamente, en su solo momento. Como decía Enrique Lihn en un verso memorable, los latinoamericanos “somos contemporáneos de historias diferentes” (Cornejo, 1999, p. 12)

Referirse a “la nueva narrativa latinoamericana” implica lidiar con los problemas y restricciones que supone limitar el campo a las condiciones cronológicas y geográficas de sus ocupantes. Y si a lo anterior se le adicionan pronunciamientos y manifiestos estéticos, la dificultad aumenta proporcionalmente a la necesidad de asegurar grupos y generaciones, que, para la crítica, anuncien principios y presupuestos que sean enumerables y que consignen las nuevas voces de la narrativa del continente. Es entonces cuando resurge de manera constante la cuestión por la saturación mediática, no sólo en relación con lo temático de las obras, sino también en la constitución de las mismas y de sus autores como productos masivos.

Desde este panorama, aludir a los “jóvenes escritores latinoamericanos”² y a sus tendencias sugiere estrellarse casi siempre con las opiniones encontradas, acusatorias

y selectivas de escritores y críticos empeñados en constituir su propio canon y su elaboración de respuestas a la pregunta por lo literario. Por otro lado, la expresión de las nacionalidades, las marcas que definen a un escritor como latinoamericano, se hallan, según algunos críticos y escritores³, tamizada por el velo de lo global y la referencia a lo mediático; no obstante, este aparente desapego repercute en la reconstitución de la identidad literaria latinoamericana a partir de su “nueva” expresión literaria:

Tanto los miembros del crack como el grupo Mcondo, así como numerosos escritores sin filiación específica, se demarcaron del dictado crítico que los impulsaba a convertirse en escritores latinoamericanos. Su idea no consistía en renunciar a lo latinoamericano para copiar modelos extranjeros, como señalan algunos críticos, sino en perseguir la misma libertad artística alcanzada por el boom. En muchos casos, abandonaron lugares comunes de sus respectivos países: necesitaban escapar a toda costa de las clasificaciones académicas. Pero, en contra de lo que afirma Berry, su proyecto estético nada tenía que ver con las presiones del mercado, con el discurso por hablar una lengua ajena -acaso el argumento más torpe esgrimido jamás por un crítico- o la necesidad de construir un español estándar, sino con la vocación de oponerse a los moldes preestablecidos por ese mismo mercado (Volpi, 2004, p. 220).

La preocupación de Jorge Volpi por el futuro de la narrativa latinoamericana se separa de los anuncios apocalípticos que degradan las formas y procedimientos de los escritores más recientes; por el contrario, este

² Para Rodrigo Fresán ser un “joven escritor latinoamericano” puede llegar a convertirse en un estigma, en una condición que implica que el escritor asuma una serie de posturas que le permitan salir invicto o que le permitan posicionarse dentro de un canon o una columna literaria:

Y es un enorme estigma compuesto por tres estigmas más pequeños pero igualmente atendibles: el estigma de la juventud (edad infantilmente sobrevalorada por los adultos y que sólo cobra verdadera importancia a la hora de vender productos en comerciales televisivos); el estigma de la profesión de escritor (se sabe que la formación de un narrador deforma toda posibilidad de cualquier otro oficio: la literatura nos inmuniza para cualquier otra habilidad); y el estigma de ser latinoamericano (sobre el que no me explayaré, sobre el que todo está dicho) (Cantavella, 2004, p. 51).

³ Javier Campos alude a la dificultad para ver en “la literatura de los *mcondistas* la diversidad de nuestro actual mundo latinoamericano” (2002).

escritor subraya las condiciones por las cuales lo latinoamericano se rehace a partir de una dinámica cíclica –observada en diversos periodos y generaciones literarias- de destrucción y reconstrucción. La cultura, no como estructura signifiante, sino como intercambio y relación, apela a que se reconozcan los contenidos expresados en situaciones específicas de diálogo, por lo cual la lectura de lo latinoamericano pasa por la construcción y materialización de discursos a partir de los referentes que proceden de diversos lugares. De la misma manera, el cruce de producciones discursivas que retoman la dinámica y los objetos de los medios masivos afecta sustancialmente la condición de identidades como sistemas fijados a una experiencia y a una tradición, haciéndolas más inestables y más dependientes del compromiso estipulado por el sujeto y su deseo de compartir o no compartir los signos de su cultura.

Redefiniendo el lugar de los estudios literarios

En referencia al papel de los estudios culturales, García Canclini destaca, entre otros puntos, la cuestión por la “americanización” de América Latina y la “latinización” de Estados Unidos. Este fenómeno se registra, según él, desde una larga tradición en la que no siempre los encuentros han sido favorables para ambos lados. “De manera que los análisis del intercambio cultural no se apoyan en un paradigma consistente, adecuado a la situación de fin de siglo, sino sobre la función de la cultura en la interacción entre todas estas sociedades” (García, 2000, p. 82).

Su comentario se dirige a mostrar cómo desde los estudios culturales se ha acogido el proceso de intercambio y reconocimiento cultural, como cuestiones “evidentes”, que no pueden reducirse a explicaciones sobre procesos de exclusión o inclusión. García Canclini nos recuerda que para el estudio de los procesos de intercambio cultural no basta con adoptar el punto de vista de la cultura oprimida o la cultura dominante, sino también en reconocer cómo funcionan los conflictos y negociaciones que se ponen en marcha:

En el momento de la justificación epistemológica conviene desplazarse entre las intersecciones, en

las zonas donde las narrativas se oponen y cruzan. Sólo en esos escenarios de tensión, encuentro y conflicto es posible pasar de las narraciones sectoriales (o francamente sectarias) a la elaboración de conocimientos capaces de deconstruir y controlar los condicionamientos de cada enunciación (2000, p. 89).

Las “narrativas” que aparecen como resultado del intercambio, en un espacio que Jean Franco denomina zonas de contacto, son las que permiten una lectura (no transparente ni unívoca) de las manifestaciones culturales como síntoma de la simultaneidad. Carlos Rincón ha señalado cómo dicha simultaneidad -para el caso de Latinoamérica- implica una reorganización del tiempo y el espacio, como resultado de la excepcionalidad con que fue acogido el proyecto moderno en nuestro continente.

Lo literario, en esta perspectiva, merece un tratamiento que no obvie ni intente atenuar las condiciones disímiles y “arritmicas” con que la cultura experimenta sus transiciones. La tesis de Rincón, “la no simultaneidad de lo simultáneo”, busca que se reconozca que, mientras se producen diversos cambios en los discursos y las representaciones simbólicas de la cultura, estos no se originan siguiendo los mismos procedimientos y en las mismas dimensiones temporales, es decir, que el aparente proceso de reorganización de lugares y espacios culturales, propios de la posmodernidad, se ve afectado por la singularidad y especificidad con que conviven la tradición y lo nuevo, lo local y lo global, en cada uno de los espacios de la cultura. Desde esta perspectiva, el poscolonialismo se plantea, según Rincón, en un espacio que permite replantear o “cambiar los términos del debate modernidad-posmodernidad”, ya que, al desplazar las aspiraciones de periodizar o establecer diacronías, el discurso poscolonial procuraría “abarcar todos los espacios y periodos históricos en forma policéntrica, acudiendo a formas y contenidos del pasado premoderno y moderno en pos de momentos discursivos prometedores para un futuro posmoderno” (De la Campa, 1996, p. 710).

Sin embargo, estos deslindes y entrecruzamientos señalan todavía una serie de interrogantes para el lugar

del crítico poscolonial, o el crítico, desde el programa de los estudios culturales, en relación con el objeto de estudio y con el concepto de lo latinoamericano. Estos cuestionamientos, como lo señala De la Campa, implican la pregunta por la pertinencia y utilidad de dichos programas críticos alrededor de la determinación de fronteras, de diásporas, de las relaciones de la cultura con las comunidades transnacionales y en última instancia acerca de cómo dichos recorridos críticos trazan "su cartografía de lo latinoamericano" (1996).

Hablar de lo simultáneo, de la alteridad y del intercambio, supone un momento en que los estudios literarios deben

referirse a los contenidos culturales legibles e ilegibles, con los cuales se propone una mirada o una reconstrucción del sujeto latinoamericano. La mirada crítica no debe, por ende, adoptar posiciones puristas en defensa de tradiciones y marcos culturales fijados; se trata más bien de reconocer en materializaciones específicas, como el caso de una obra literaria y de las reorganizaciones simbólicas de la práctica cultural. El fenómeno de la recepción literaria, su estudio y su incorporación a diálogos alrededor de la cultura, amerita reconocer el complejo discursivo que la soporta, donde dicho reconocimiento supere las simples ubicaciones teóricas como única validación de la mirada.

Referencias

- Campos, J. (1999). Literatura y globalización: la narrativa chilena en los tiempos del neoliberalismo maravilloso. En: K. Kouth, J. Morales, ed.). Literatura chilena hoy. La difícil transición. Madrid: Frankfurt Main.
- Cornejo, A. (1999). Para una teoría literaria latinoamericana: a veinte años de un debate decisivo. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXV, (50), 9-12. Lima: Hanover.
- De la Campa, R. (1996). Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos. *Revista Latinoamericana*, LXII, (176-177), 697-717.
- Fernández, R. (1975). Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, (1), 7-38. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar.
- Fresán, R. (2004). El mío es un realismo lógico, entrevista. *Revista de cultura Lateral*. Recuperado de http://www.circulolateral.com/revista/revista/articulos/115_116rfresan.htm
- Fuentes, C. (1992). *El espejo enterrado*. México: Fondo de Cultura Económica.
- García, N. (1990). *Culturas híbridas: estrategias para salir y entrar de la modernidad*. México: Grijalbo.
- García, N. (2000). El malestar de los estudios culturales. En: S. Mojica. *Culturas híbridas-No simultaneidad-Modernidad periférica*. Berlín: WVP.
- Osorio, N. (2007). Estudios latinoamericanos y nueva dependencia cultural (apuntes para una discusión). *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, (66), 251-278. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/25485839>.
- Rama, Á. (1982). *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Sánchez, A. (2000). *Juegos de seducción y Traición. Literatura y cultura de masas*. Rosario: Beatriz Viterbo editora, 2000.
- Spielmann, E. (2000). El descentramiento de lo posmoderno. En: S. Mojica. *Culturas híbridas-No simultaneidad-Modernidad periférica*. Berlín: WVP.
- Volpi, J. (2004). El fin de la narrativa latinoamericana. En: C. Cabrera. *Palabra de América* (pp. 206-223). Barcelona: Seix Barral.